

De la fragmentación a la integralidad: una propuesta relacional para repensar la formación universitaria

Crónica de la sesión 18 del Seminario Permanente del GIFIA

Por Juan Manuel Palomares Cantero

Una pregunta por lo verdaderamente integral

¿Qué significa, en sentido profundo, hablar de formación integral? La pregunta puede parecer evidente para instituciones que han hecho de la formación de toda la persona uno de los ejes de su misión. Sin embargo, cuando se intenta precisar qué hace verdaderamente “integral” a una propuesta formativa, la respuesta deja de ser sencilla. ¿Basta con atender todas las dimensiones de la persona? ¿Con incorporar experiencias diversas al currículo? ¿Con equilibrar lo intelectual, lo afectivo, lo social y lo espiritual? ¿O existe un principio más profundo que permita comprender cómo todos estos elementos se relacionan y adquieren unidad?

En torno a estas preguntas se desarrolló la sesión 18 del Seminario Permanente del Grupo Estable de Investigación en Formación Integral Anáhuac (GIFIA), a partir de la exposición del P. Andreas Kramarz, L.C. Su propuesta invitó a volver sobre una cuestión central para el propio trabajo del grupo: antes de investigar cómo se implementa o evalúa la formación integral, resulta necesario profundizar en aquello que entendemos por integralidad.

El punto de partida no fue una nueva enumeración de dimensiones humanas, sino uno de los problemas característicos de nuestro tiempo: la fragmentación. A partir de ahí, la conferencia recorrió progresivamente la distinción entre lo holístico y lo integral, la relacionalidad como principio organizador, la unidad de la persona, el corazón como centro integrador y, finalmente, el amor como principio y horizonte de la formación.

El itinerario dejó planteada una pregunta que toca directamente el trabajo del GIFIA: ¿qué hace que una formación sea verdaderamente integral y no solamente una suma, aunque sea amplia y bien organizada, de componentes formativos?

La fragmentación como punto de partida

El primer diagnóstico presentado por el P. Andreas fue el de la fragmentación. Esta se manifiesta en la vida política y social, en la polarización, en la dificultad para construir comunidad y también en el ámbito universitario: en la creciente especialización del conocimiento, en la separación entre disciplinas y en la tendencia a abordar realidades complejas desde perspectivas parciales.

La educación participa también de esta dinámica. Habitualmente organizamos la realidad mediante categorías, competencias, áreas y dimensiones que ayudan a distinguir y

comprender. El análisis es necesario; el problema aparece cuando aquello que se separó metodológicamente para estudiarlo termina siendo concebido como si realmente existiera de manera aislada.

Desde esta perspectiva, el P. Andreas llamó la atención sobre el predominio de un modo fuertemente analítico de pensamiento en la cultura académica contemporánea. Su crítica no buscó rechazar el análisis, sino señalar el riesgo de absolutizarlo. Cuando se pierde de vista la relación entre las partes y su pertenencia a una unidad, el conocimiento mismo puede contribuir a la fragmentación que pretende explicar.

Esta advertencia resulta especialmente significativa para la formación integral. Una universidad puede identificar múltiples dimensiones humanas y diseñar programas específicos para cada una y, sin embargo, no garantizar su integración. Es posible formar lo intelectual por un lado, lo afectivo por otro, lo social y lo espiritual en espacios distintos, sin comprender suficientemente cómo todos esos aspectos pertenecen a una misma persona.

La paradoja podría expresarse de manera provocadora: también podemos intentar construir una formación integral de manera fragmentada.

¿Holístico o integral? Una distinción necesaria

Uno de los momentos centrales de la conferencia fue la distinción entre educación holística y formación integral. El P. Andreas reconoció la aportación de los enfoques holísticos en su esfuerzo por superar visiones parciales de la educación, pero señaló también la diversidad de significados que suele adquirir este término.

Lo holístico puede referirse a la relación del individuo con su entorno, a la conexión con la naturaleza, a los distintos círculos de pertenencia, al desarrollo equilibrado de diversas dimensiones, a la combinación de metodologías o a una visión curricular unificadora. Ninguna de estas aproximaciones es necesariamente incorrecta. El problema aparece cuando cualquiera de ellas se identifica por sí sola con la totalidad.

Para precisar esta dificultad, el ponente propuso distinguir tres niveles. Lo completo busca que no falte ninguna parte relevante. Lo holístico reconoce además que las partes deben comprenderse en relación con el todo. Lo integral, finalmente, exige que esas partes estén interrelacionadas armónicamente, dentro de un orden y una unidad.

La diferencia es importante. Una institución puede ofrecer experiencias intelectuales, sociales, culturales, afectivas y espirituales y, sin embargo, carecer de un principio suficientemente claro que explique cómo se relacionan y hacia qué horizonte común se orientan.

La pregunta decisiva deja entonces de ser cuántas dimensiones incluye un modelo y pasa a ser: ¿qué hace que esas dimensiones formen una unidad?

Para el GIFIA, esta distinción abre un campo particularmente fecundo. Investigar la formación integral no supone únicamente identificar componentes o describir dimensiones, sino también profundizar en los principios que permiten articularlas. Lo verdaderamente integral comienza allí donde la diversidad deja de ser una suma y se convierte en una unidad armónicamente relacionada.

La relacionalidad como principio organizador

Desde esta distinción, el P. Andreas llevó la reflexión hacia un nivel más fundamental. Si la integralidad supone una articulación de las partes, ¿qué hace posible esa articulación? Su respuesta se orientó hacia la relacionalidad.

Nada existe completamente aislado. La persona posee una unidad interna en la que distintos elementos y operaciones se relacionan entre sí y, al mismo tiempo, vive vinculada con el mundo, la naturaleza, los demás y Dios. La existencia humana aparece atravesada por relaciones.

Desde este punto de partida, presentó su propuesta de una metafísica relacional, en la que la relación no constituye un elemento secundario, sino una clave para comprender la realidad. En este marco describió la relacionalidad como un principio pretrascendental, capaz de explicar también cómo se articulan la unidad, la verdad, el bien y la belleza.

Estos principios no se realizan plenamente de manera aislada. Una unidad desvinculada de la verdad y del bien puede convertirse simplemente en cohesión en torno a un fin equivocado; la belleza no puede separarse plenamente de la verdad y el bien; y la verdad misma exige integrarse en una comprensión unitaria de la realidad.

La integralidad remite así a relaciones ordenadas. La unidad no elimina la diversidad y la diversidad no tiene por qué conducir a la fragmentación. Integrar significa reconocer las diferencias y, al mismo tiempo, comprender el vínculo que permite que contribuyan a un todo.

Una antropología que no fragmente a la persona

La reflexión pasó después al campo de la antropología. El P. Andreas recuperó la concepción clásica de la persona como unidad de cuerpo y alma y la distinción tradicional de sus facultades, pero advirtió del riesgo de representarlas como compartimentos independientes.

Su propuesta no buscó negar las facultades, sino prestar mayor atención a sus operaciones y a la interacción entre ellas. Pensar, percibir, recordar, sentir, querer y decidir no acontecen como procesos completamente separados.

En la experiencia concreta, una percepción puede modificar un juicio; un recuerdo despertar una respuesta afectiva; un deseo influir en una decisión; y una condición corporal afectar la claridad del pensamiento o el estado emocional. La persona no es una suma de aquello que

piensa, siente, quiere y recuerda. Es el mismo sujeto quien piensa, siente, desea, recuerda, decide y actúa.

La consecuencia pedagógica es relevante: si las operaciones humanas se afectan mutuamente, tampoco resulta suficiente formar cada dimensión de manera independiente. Toda experiencia educativa repercute, de alguna manera, sobre el conjunto de la persona.

El desafío consiste entonces en distinguir sin separar.

¿Dónde está el corazón?

Uno de los momentos más sugerentes de la exposición surgió con una pregunta aparentemente sencilla: ¿dónde está el corazón en nuestros modelos antropológicos?

Habitualmente hablamos de cuerpo y alma, inteligencia, voluntad, afectividad y sensibilidad; sin embargo, el lenguaje humano y especialmente la tradición bíblica recurren constantemente al corazón para expresar el núcleo más profundo de la persona.

El P. Andreas aclaró que no se refería simplemente al órgano físico ni a una identificación del corazón con los sentimientos. Cuando la Escritura habla de guardar, ponderar o meditar algo en el corazón, remite a una experiencia en la que se encuentran implicadas memoria, inteligencia, afectividad, voluntad y deseo.

Desde esta perspectiva, el corazón puede comprenderse como un centro profundo e integrador de la persona. No constituye una facultad adicional ni un nuevo compartimento antropológico, sino una categoría que permite expresar cómo las diversas operaciones coinciden en una única experiencia personal.

El corazón no sería una facultad más entre otras, sino una categoría que permite comprender la unidad dinámica de la persona.

Esta idea ofrece una clave especialmente sugerente para la formación integral. Formar no consistiría solamente en desarrollar capacidades diversas, sino en favorecer que esas capacidades, experiencias y decisiones alcancen progresivamente una mayor articulación en la persona concreta.

Una persona constituida por relaciones

Desde la integración interior, la exposición se abrió hacia las relaciones fundamentales de la persona. El P. Andreas identificó cuatro grandes ámbitos: la relación consigo mismo, con el mundo y la naturaleza, con los demás y la sociedad y con Dios.

Estas relaciones tampoco funcionan aisladamente. La manera en que una persona comprende a Dios influye en su concepción del ser humano, de la dignidad de los demás, del mundo y de su propio sentido de vida. Del mismo modo, la relación con la familia, los amigos, los profesores y las comunidades repercute en la construcción de la propia identidad.

La relacionalidad se presenta así como una red: cada vínculo afecta a los demás. Por ello, una formación integral no puede limitarse al desarrollo de capacidades individuales, sino que debe atender también a la manera en que la persona aprende a relacionarse.

La educación integral aparece, en este sentido, como formación en y para la relación.

El amor: principio, medio y fin

Esta reflexión condujo al punto culminante de la conferencia: el amor. Si la persona es constitutivamente relacional, la pregunta educativa fundamental no consiste solo en determinar con quién se relaciona, sino cómo aprende a relacionarse.

El P. Andreas buscó superar una concepción del amor reducida al sentimiento, la pasión o el ámbito romántico. El amor puede comprenderse también como experiencia interior, acción, relación, virtud y valor. En el horizonte cristiano encuentra además su fundamento último en Dios.

Esta amplitud resulta decisiva desde el punto de vista educativo. Si amar fuera únicamente un sentimiento espontáneo, difícilmente podría constituirse en finalidad formativa. Pero si implica percibir, valorar, decidir, actuar y relacionarse, entonces puede y debe ser formado.

En este contexto, el ponente distinguió entre amor de utilidad y amor de dedicación. En el primero, algo es amado por el bien que proporciona. Esta forma de amor no es necesariamente negativa: muchas relaciones cotidianas contienen legítimamente un elemento de utilidad. El problema aparece cuando la persona es valorada exclusivamente en función de aquello que puede aportar.

El amor de dedicación, en cambio, desplaza el centro hacia la realidad o la persona amada por sí misma. Amar a una persona implica reconocerla no únicamente por lo que ofrece, sino por quien es.

La consecuencia educativa resulta fundamental: amar con dedicación requiere formación. Supone aprender a mirar, valorar, decidir, perseverar y actuar de determinada manera.

Por ello, el amor aparece en la propuesta del P. Andreas como principio, medio y fin de la formación integral: principio porque la formación nace de la búsqueda del bien del otro; medio porque debe desarrollarse mediante relaciones auténticamente humanas; y fin porque la plenitud personal se expresa finalmente en la capacidad de amar.

En este sentido, una de las afirmaciones centrales de la sesión podría sintetizarse así: formar integralmente es, en último término, formar para amar.

Una definición de formación integral

Hacia el final de la exposición, los elementos anteriores desembocaron en una propuesta de definición. La formación integral puede comprenderse como un proceso intencional que

promueve relaciones y experiencias capaces de favorecer, incluso frente a factores contrarios, el desarrollo armónico de toda la persona.

La referencia a los factores contrarios resulta importante. La formación acontece en medio de dificultades, tensiones, sufrimientos, egoísmos y fragmentaciones. Por ello, el P. Andreas añadió la fidelidad como valor indispensable: la búsqueda de la unidad, la verdad, el bien y la belleza no se realiza en un instante, sino que exige perseverancia.

La formación queda así orientada por valores que deben comprenderse de forma articulada: unidad, verdad, bien, belleza y fidelidad, todos ellos dirigidos finalmente hacia el amor.

En el diálogo posterior se precisó además que la formación integral debe comprenderse principalmente como proceso y no como producto terminado. La persona integralmente formada constituye un horizonte; la formación es el camino permanente hacia esa realización.

Libertad, acompañamiento y gracia

Las preguntas de los participantes permitieron profundizar también en la relación entre la libertad del formando y la responsabilidad del formador. El P. Andreas señaló que no existe una proporción fija entre guía y autonomía. El acompañamiento debe discernirse según la edad, la madurez, las circunstancias y los objetivos de cada persona.

El educador no sustituye la libertad del formando. Su tarea consiste en orientar, proponer bienes, generar experiencias y crear condiciones que favorezcan su crecimiento.

En una perspectiva cristiana, esta reflexión se amplía con la gracia. La acción educativa dispone y acompaña, pero no produce mecánicamente la transformación interior. Como recordó el ponente desde la tradición tomista, la gracia perfecciona la naturaleza. Formación, libertad y gracia se articulan sin confundirse: el formador acompaña, la persona responde libremente y la gracia puede llevar el proceso más allá de las posibilidades de la acción humana.

Lo que esta propuesta deja al GIFIA

La sesión 18 dejó al GIFIA una cuestión especialmente relevante: volver sobre el significado de aquello que el propio grupo busca investigar y fortalecer.

En primer lugar, la conferencia invita a precisar qué distingue realmente a la formación integral de una propuesta multidimensional o genéricamente holística. No basta con afirmar que se atienden todas las dimensiones de la persona. Es necesario explicar qué permite comprenderlas y formarlas como una unidad.

En segundo lugar, abre la posibilidad de que el GIFIA investigue no solo los componentes del modelo, sino también los principios y procesos que hacen posible su integración efectiva: cómo se articulan las dimensiones humanas, cómo se relacionan las experiencias formativas,

qué papel desempeñan el corazón, la relacionalidad y el acompañamiento, y cómo intervienen la libertad, la fidelidad y el amor.

Esta perspectiva puede enriquecer la fundamentación conceptual del grupo, pero también sus futuras investigaciones, instrumentos de evaluación y productos académicos. La cuestión de la integralidad deja así de ser meramente terminológica para convertirse en una pregunta de fondo sobre el propio modelo educativo.

La trayectoria seguida por la conferencia —fragmentación, integralidad, relacionalidad, corazón, amor y formación— ofrece al GIFIA un marco fecundo para continuar sus reflexiones y evaluar los productos que surjan del Seminario Permanente.

Investigar la formación integral supone, en última instancia, investigar aquello que permite que la persona, sus dimensiones, sus relaciones y sus experiencias formen verdaderamente una unidad.